

RELATOS

DE UN

náufrago



No fue hasta que naufragué,
que comencé a ser.

No sabía muy bien a donde ir, pero caminaba sin detenerse.

Perdido en aquel lugar extraño, con olor a jabón, donde habitaban mujeres con objetos punzantes, hombres envueltos en cables, seres que hacían florecer el más instintivo temor, no tenía otra alternativa que huir hacia delante. Continuaba por aquel pasillo blanco, extenso, incluso infinito, gigante para unos ojos de niño, castaños, cálidos, sinceros, atentos, sin más polvo en la mirada que el que dejan las estrellas. Volaba, se impulsaba dando saltos inmensos, pequeñas pasas que resonaban, como gotas de lluvia al caer, en un corredor desierto. Los monstruos estaban cerca, tanto que podía verlos; sus sombras oscuras, afiladas, se proyectaban en la pared. Por mucho que corriese, siempre conseguían alcanzarlo.

Con la respiración todavía desacompañada, entró en mi habitación en busca de un refugio, de un portal con el que escapar a otra dimensión donde no existiera el dolor. Al cerrar la puerta y verme sentado en el sillón, ahogó un grito. Pronto comprendió, no obstante, que no era una de las personas de azul que le perseguían. Me saludó con voz frágil, tenue, pero no escuchó más respuesta que el sonido de su propio eco. Moví la cabeza con indiferencia, con aspereza incluso, pues



antes de morir lo último que quería ver era un moreso a mi lado. Porque sabía que iba a morir.

Era cuestión de tiempo. Todo lo es, al fin y al cabo. Una vida de excesos me había llevado a ese final en la escasez. Un órgano fatigado, un riego obstruido que, antes de darme cuenta, me llevaría a un fallo cardíaco inmediato, súbito. Tanta máscara para un pésimo último acto. Fin de la función.

El pequeño rubio, de unos seis años, a pesar de la fiereza de mi expresión, me observó con curiosidad casta, con simpatía, para luego sacar un diminuto juguete de su mochila, y perderse ayudado de él en el intrépido mundo de su imaginación. A mí me bastó la precisión de un segundo para tildarle de un niño, y volver a la sección de economía del periódico.

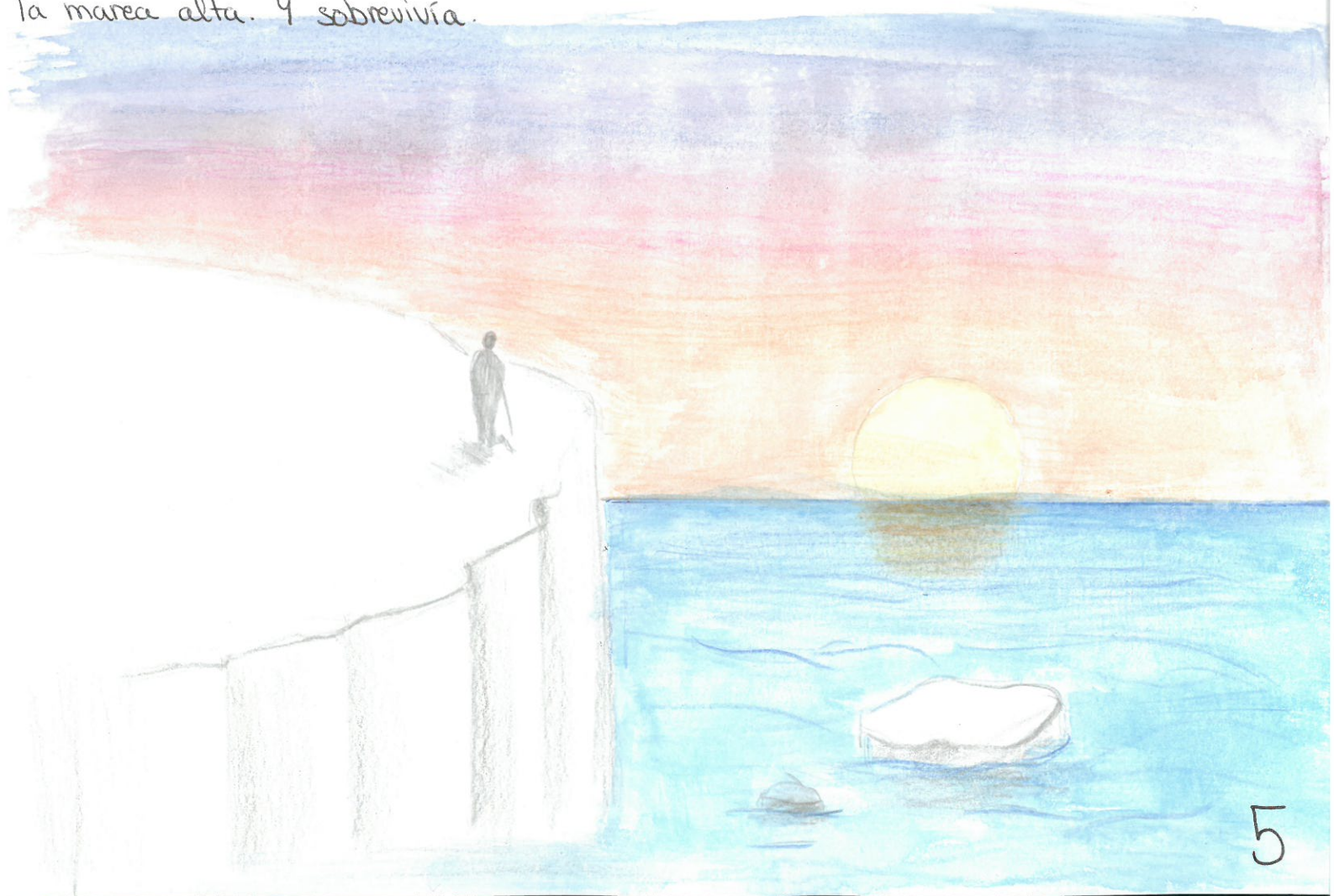
-¿Me ayudas a coger el explorador, por favor?- me pidió cuando volví a alzar la vista.

La figurita de acción se le había caído bajo el sillón donde me sentaba. Apenas podía moverme sin sentir cómo unas manos invisibles me ahogaban, un puño de acero apretaba mi garganta, y el aire faltaba en mi pecho. Aun así, me agaché con dificultad, me incorporé con mayor esfuerzo, y recuperé aquel juguete. Todo para hacer el amago de tenderlo, sin llegarlo a dar. Me lo quedé, consiguiendo así un poco de serenidad, de quietud. Interpuse una gélida distancia entre aquel pequeño y yo, un abismo que nos separase y que no se atreviese a cruzar. Conseguí congelar su risa, su felicidad, porque si no podía poseerla nadie tenía por qué hacerlo.

El niño se olvidó del incidente al ver a una enfermera, envuelta en un traje de plástico azul, entrar en la estancia. Aquel cuerpo diminuto comenzó a temblar, indefenso, pues no sabía cómo podía lidiar con una amenaza más grande que él. Entre sollozos, entre gritos desesperados de dolor que no calmé, que no mitigué, se lo llevaron a hacerse unas pruebas, mientras me limité a mirar con secreto regocijo. Al quedarme solo, suspiré aliviado, contento, pues ya podía morir tranquilo. Se fue y, sin saberlo, dejó en aquella tétrica y claustrofóbica habitación de hospital, la infancia, la inocencia, aquella sencillez, la felicidad frustrada, y al explorador.

Ya me estaba olvidando de aquel suceso cuando, días después, palpé a un explorador antártico en el bolsillo de la ridícula bata de paciente. Pensé que sus detalles eran precisos, casi crueles, con la nieve en las pestañas y los labios lívidos. A su espalda, cargaba con una pesada mochila donde una vez guardó sus sueños, el deseo de llegar a los confines del mundo; ahora era un mero trozo de tela entorpeciendo su camino hasta la muerte. Una risa fuera me advirtió de su llegada. Al principio me pareció estridente, incluso insufrible. No sabía que aquel tintineo alegre, ingenuo, no sólo era capaz de traspasar paredes, sino también los muros de la piel. En mis seis décadas en la lucha que es la vida, en ese campo de batalla hostil e impredecible, no conocí muralla más férrea que la que se teje en torno al corazón. Nunca antes pudo derribarla otra cosa que aquel estallido de pura alegría, de infantil ilusión, que sin pretenderlo se internó en mí, devolviéndome un júbilo olvidado.

La puerta se abrió, y tardé en reconocer al rostro pálido y enfermizo que se presentó ante mí. Era el niño de antes, aunque ya no volvería a serlo. Un parvulo de estrellas cubría su cabeza, desnuda. Siempre conviene tenerlas cerca, por si el firmamento se apaga, o las deidades celestes se caen como los rizos dorados de un pequeño que no dejaba de sonreír. Me sobrecogió su presencia, tan ausente, y en mí brotó la necesidad de arroparlo, de protegerlo. Ojalá poder detener las garras del tiempo, la arena que cae en el reloj, dejar de escuchar el tic tac, no saber que la vida se te escapa. Lo admiraba porque, a pesar de su deriva, era un naufrago que no se dejaba ahogar por la marea alta. Y sobrevivía.



- Perdona, - se dirigió a mí, - ¿has visto al capitán Scott?

Me saqué el juguete del bolsillo, y arrepentido, se lo devolví.

- Sí, he estado hablando con él. Es un viejo amigo mío.

Abrió la boca dibujando un gesto de sorpresa.

- ¿Entonces tú también has ido al Polo Sur?

El sol brillaba en la Antártida, comencé a contarle. Cinco soñadores cruzaban despreocupados un lago, haciendo equilibrios para no resbalar sobre la fina capa de hielo que lo tapizaba. Una vasta laguna de cristal, un fragil espejo que, antes de que se partieran, comenzaría a quebrarse. Ignoraban la grieta que se abriría a su paso, casi imperceptible, y a la vez, insondable. En su ensimismamiento cándido, en el halo cegador de la gloria, desconocían el peligro que arrastraban sus pasos. Cualquier movimiento podría abrir el suelo, y entregarles a las fauces del mar. Tuvieron suerte, aunque sólo por esa vez, y consiguieron llegar hasta la otra orilla.

No narré, sin embargo, lo que el Capitán Scott y sus cuatro hombres encontraron al hundir los pies entumecidos en la nieve: la bandera noruega, que ondeaba en esa exacta coordenada. A pesar de no sentir sus miembros, sí olieron el olor a derrota, arañándoles. Un viento, de nombre Olvido, borraría sus huellas. Entonces, los héroes de la Antártida emprendieron un viaje de vuelta, del que no conseguirían regresar.

Todavía me pregunto quién se acuerda de los que casi lo lograron, quien se molestó, siquiera, en ir en su búsqueda. Nada se supo de ellos. Ni de los aviadores de los que sólo se encontró el avión, ni de los viajeros extraviados, ni de los navegantes a los que tragó la mar. Puede que sigan perdidos, o que la muerte les encontrase.

El sol brilla en la Antártida, pero a mí me sigue habitando el frío.

Sin darme cuenta, el niño se había sentado en mi regazo mientras le contaba la historia, admirándola con una fascinación crédula, con mágico asombro. Un sentimiento nunca antes experimentado me recorrió, me reconfortó, ¿así se sentía al ser bueno?

Una muchacha joven, de sutil atractivo desdibujado por el cansancio, autoritaria y, a la vez, entrañable, fue al encuentro con su hijo.

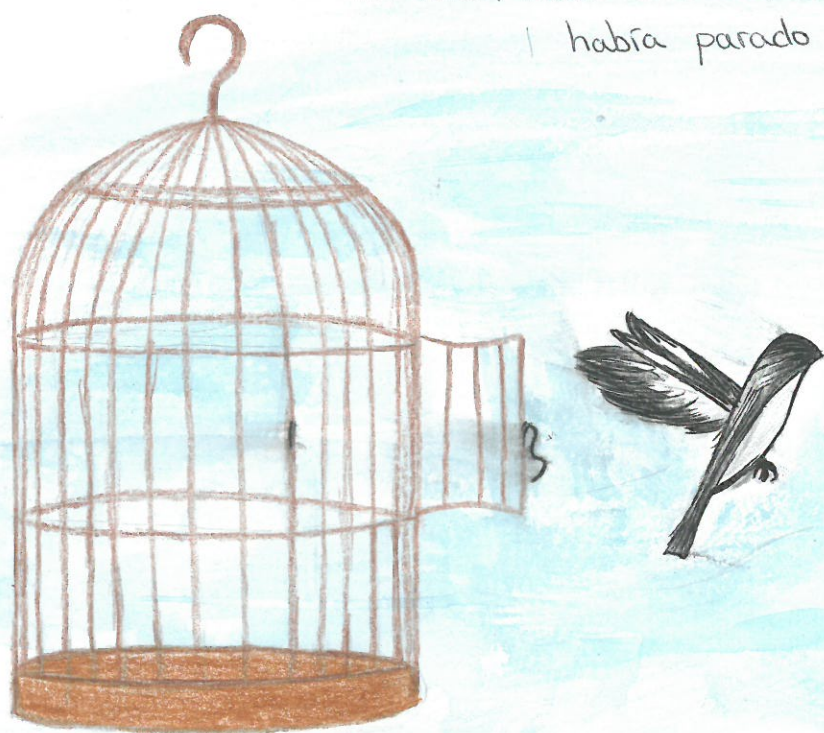
-Hugo, cariño, ¿ya has conocido a tu compañero de habitación?

El pequeño asintió sonriente, y fue a darle un abrazo. Sus cuerpos menudos se fundieron en uno, y a mi mente quiso llegar un recuerdo, fugaz, para irse con idéntica rapidez.

Carol había ganado el torneo de tenis, y yo, revisando hasta tarde las cuentas de la empresa, había llegado tarde a la entrega de premios. Me recibió, en cambio, rodeando sus brazos en torno a mí con euforia, con admiración. Eso fue antes de que conociese la palabra rencor, de que se percatase de que no era el colesterol lo que endurecía mis arterias, sino el odio. Nunca me agradeció los estudios que le pagué en el extranjero, la inversión que hice por su éxito, o el puesto con el que me relevó. Nunca me lo agradeció porque no quería un jefe, sino un padre. Uno que estuviese ahí.

Vi en Julia, esa madre humilde, todo lo que nunca puede ser para mi hija. Me pidió que entretuviese a Hugo mientras hablaba con la oncóloga, y en el instante en que sus ojos vidriosos se toparon con los míos, ancianos, pude leer su miedo.

El niño, mientras tanto, señaló una golondrina que se había parado en el alféizar.



- Si has ido a la Antártida, sabrás mucho de animales - apuntó.

Pude apreciar desde allí a la madre, que desaparecía por el pasillo, y el temor que la inundaba. Entonces, me bastó cerrar los ojos para empezar a ver.

- Una vez conocí a un pájaro que, tras tanto tiempo encerrado en su jaula, no se acordaba de cómo volar. Tenía el vuelo aturdido, las alas adormecidas y, al no poder batirlas, se dejaba mecer por la dirección del viento, planeando sin rumbo fijo. ¿Cómo eran la brisa alegre del verano, la risa de los jóvenes, la playa y sus barcos? ¿Había acariciado alguna vez, aunque fuera torpemente, la libertad? Era un ave hermosa, majestuosa, de plumaje exótico y mirada raxgada, que podía silenciar con su canto las voces que rugían, las bestias que le gritaban enfurecidas. Pero, ¿de qué le serviría, si no podía acariciar las nubes, si estaba condenada al letargo en la tierra?

- ¿Y consiguió volver a volar?

Julia lloraba detrás de la puerta, aunque sin lágrimas, porque el dolor más profundo es impalpable, y se lleva muy adentro, cuidadosamente velado por una cáscara que se quiebra.

- Eso no lo sé todavía. Depende de ella.

Nadie escuchó los gritos de auxilio del capitán Scott.

Mis ojos se cerraban, mientras ella se encerraba en su jaula: el silencio.

En una de las muchas noches que pasé en aquella habitación de hospital, mirando la ventana, a un cielo en penumbra sin astros que guiasen, que sirvieran de brújula, noté una caricia en el oído. No me molesté en entrecerrar los párpados, en fingir que dormía, porque supe de inmediato que era Hugo, y que me necesitaba. Tenía los ojos enrojecidos, e inhalaba entrecortadamente, todavía sobresaltado, en alerta.

-No puedo dormir- manifestó con impotencia.- Ha vuelto, ya está otra vez aquí.

-¿Quién?

-La serpiente en mi tripa.

A veces le corría, me confesó. Una víbora reptaba en su estómago, una boa que apretaba hasta asfixiarlo por dentro. Sus escamas eran púas afiladas, su veneno una pócima que lo aturdiría. ¿Cómo podría librarse de ella, cómo si se encontraba en su interior? No hay armas físicas que puedan combatir las serpientes en la tripa, nudos que tiran y enredan, fantasmas que nos acechan y no están sino en nosotros mismos. Para ahuyentarlos, decidí contarle un cuento. A Carol, al menos, le funcionaba.

-En un pequeño pueblo de la sierra vivía una anciana que, sin patologías previas, murió de repente de un ataque al corazón. El forense condujo que se debería a su avanzada edad, y nadie indagó más en el asunto. De la fallecida poco sabían los pueblerinos, aunque mucho decían, extrañados por sus singulares actitudes. Cada vez que salía de su casa, por ejemplo, volvía a entrar unas cuantas veces. A la salida definitiva, se santiguaba. Caminada siempre encogida, siempre asustada, y lo único que no era leyenda era el miedo que traía con sus andares.

<< El hecho que les pasaba inadvertido a los lugareños era el siguiente: la mujer continuaba angustiada por un suceso ocurrido hacía muchos años, cuando era niña. De noche, un incendio estalló en su casa. Ella advirtió el fuego, pues una pesadilla le había impedido dormir, y pudo alertar a su familia. Finalmente, consiguieron escapar, y salieron indemnes.

>> Durante el resto de su existencia, la anciana procuró llevar un cuidado extremo. Cuando los habitantes del pueblo la veían salir y entrar de su casa, no hacía otra cosa que comprobar si había dejado el gas butano abierto, o si no había apagado el incienso, o las velas aromáticas. Estaba tan obsesionada que se había olvidado de vivir. Una vecina comentó en el tanatorio que, cuando falleció, en ese preciso instante, se había escuchado una sirena. Era el camión de bomberos.

Hugo ya bostezaba, acomodando la cabeza en la almohada, sin haber entendido muy bien hacia donde iba el cuento.

- El miedo es necesario, pequeño, aunque no debemos dejar que nos domine. Es curioso pensar que, el mismo temor que salvó a la mujer, le quitó décadas después la vida.

- ¿Dónde vamos hoy? - me preguntó Hugo, dándome la mano.

Habría decidido sacarlo de aquella habitación, pues únicamente salía de ella para recibir a un payaso, o la quimioterapia. Se sentía tan emocionado por nuestra excursión como intrigado. Andábamos por aquel inmenso pasillo blanco, que ahora que estábamos juntos, parecía menos infinito, y ya no daba tanto miedo.

- Quiero que corozcas a alguien - le expliqué.

- ¿A quién?

- Se llama Luz, y es una princesa.

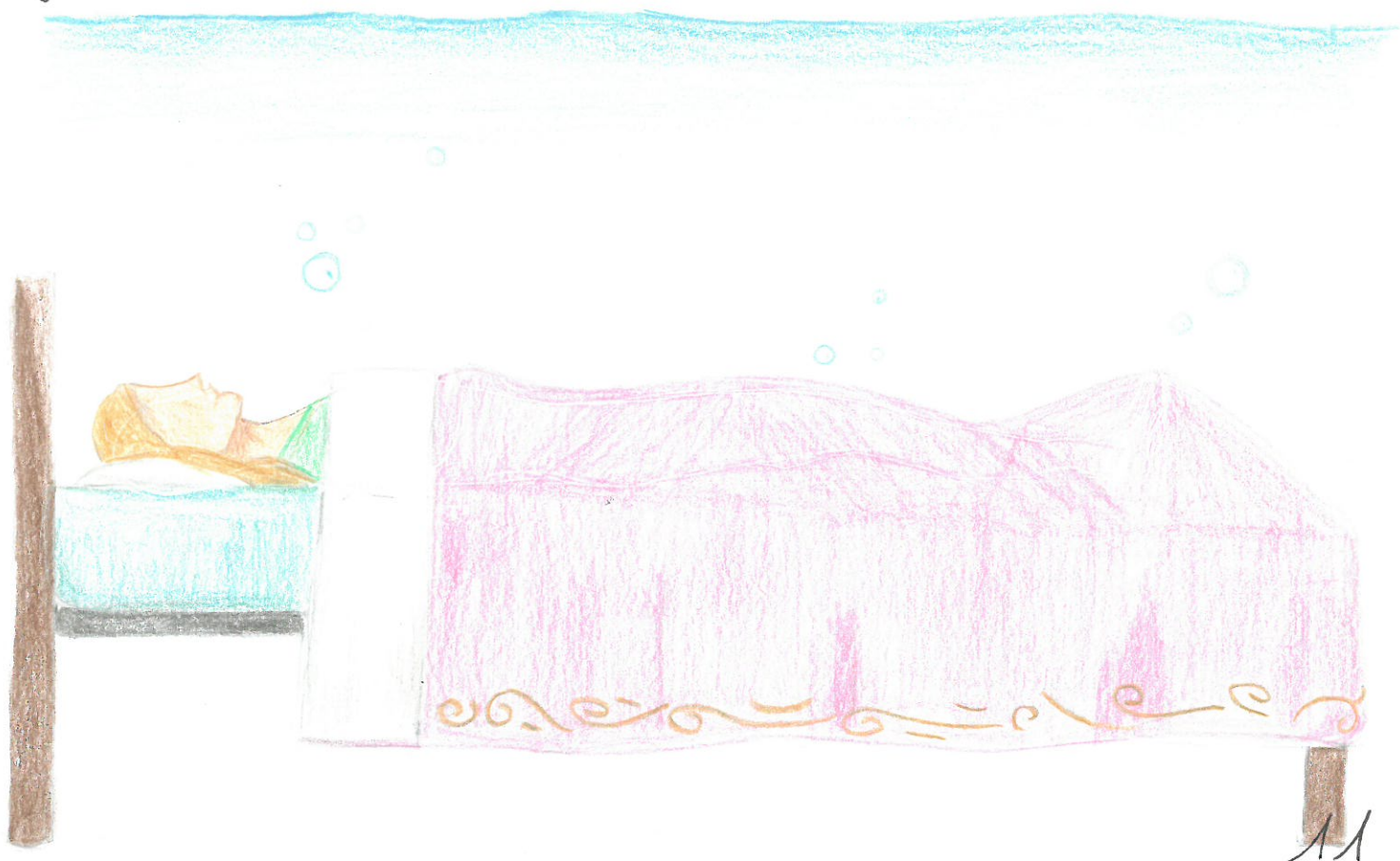
Al entrar en palacio, Hugo se deslizó con cuanto sigilo, pues se encontró con una hermosa princesa de fábula, una adolescente de cabellos rubios, ondulados, que estaba sumida en un profundo sueño, y descansaba en su cama.

- ¿Podemos hablar con ella? - susurró, sin alzar la voz, pues en su candidez temía despertarla.

- No puede contestarnos, pero nos está escuchando.

El pequeño se acomodó el pañuelo en la cabeza, y observó la máquina a la que Luz se conectaba. Pensó que ese era un trono bastante raro, aunque lo atribuyó a la excentricidad de la corona. No sabía que, bastaba quitar el enchufe, y aquella joven se apagaría para siempre.

- Le gustaba mucho leer, ¿sabes? Por eso, como ahora no puede, cada semana vengo



aquí a contarte un cuento, como hago contigo.

- ¿Por qué está dormida?

Me mordí el labio, buscando en los retales de la historia de Luz un atisbo de fantasía.

- Era una princesa tan noble, tan hermosa y gentil, que era muy apreciada en el reino. El rey temía que la luz pudiese dañar sus ojos verdes, y por eso pidió a los sabios de la corte que idearan un plan para que la belleza de un hijo no se evaporase. Un día, mientras se bañaba en la piscina real, vertieron en el agua una pócima mágica. Pero el rey fue impreciso en sus órdenes, descuidado, y cuando el hechizo hizo efecto en la princesa, ésta se sumió en un largo sueño, irreversible. Ahora está aquí, en el hospital.

- ¿Y no puede despertarse?

- Los reyes tendrán que tomar una decisión. Puede continuar en este estado inconsciente, o descansar de verdad, para siempre.

- No tiene sentido -razonó.- Puede que el sol sea peligroso, pero estar así, ¿no es eso como no vivir?

En la habitación de una princesa sin reino, cuya vela se consumía lentamente, nosotros, dos caballeros sin espada, refugiados en las letras, nos despedimos de su majestad, desconociendo que ese sería nuestro último adiós. Puede que cayese su trono, pero no la estela de su reinado, no la huella que dejaría en mí.

Hugo era muy inteligente. Sabía que sus pómulos marcados, su faz demacrada, su famélica expresión, no podían significar nada bueno. No hizo falta que le dijeran que, después de lo que le había costado encontrar a un donante, su cuerpo había rechazado el trasplante de médula. No fue necesario porque, sin tener conocimientos médicos, había notado su drástica pérdida de peso, la fatiga que le impedía correr y jugar como antes, la debilidad que se instauraba en él, tan impropia de la juventud. Sin embargo, no llegó a expresar ninguna queja. Afrontaba su encierro con valentía, por mucho que añorase la playa, sus amigos, su casa. Una tarde veraniega dejó entrever su preocupación, sí, pero no era por él. Tan puro, sin dobleces, sentía desasosiego por mí.

- Lo siento.

- ¿Por qué? - formulé sorprendido.

- ¿Sabes? Yo puedo ser tu familia - hizo una pausa, analizando mi desconcierto, sopesando su próximo movimiento. - Lo digo porque... Nadie viene nunca a visitarte.

Sé que no pretendía dañarme con sus palabras, pues a la dulce edad de seis primaveras, no sabía que el filo más punzante, el plomo más pesado, la flecha más afilada es aquella que va directa al corazón. No obstante, no pude evitarme, a esa parte oscura de mí, sentirme afligido. Sabía que tenía razón.

- ¿Te he contado alguna vez la fábula del emperador?



Negó con la cabeza, tímidamente, intentando descifrar mi reacción.

- El emperador era un hombre vil, soez y ostentoso. Vestía las sedas más caras, y comía hasta no poder más. Viajaba a los lugares más exóticos del planeta, despreciando a las culturas nativas. Poseía cuantiosas pertenencias, toda clase de lujos y ostentosas opulencias que no le servían para nada. Cuanto quería lo tenía al alcance de la mano, sólo le bastaba ordenarlo para que se hiciese realidad. Tenía tantas cosas, tan costosas y de tan poco valor, que no apreciaba lo verdaderamente importante.

>> Aunque no lo supiesen sus maltratados súbditos, de pequeño le enseñaron que el mundo era un lugar simple, que ya había sido descubierto en su totalidad. Le inculcaron que no merecía la pena que se perdiese en imaginaciones, obligándole a hacerse valer por su fuerza, despreciando su creatividad. Le dijeron que el planeta se regía por reglas muy estrictas, y que había que seguir las al pie de la letra. Por ello, cuando creció y descubrió que había sido engañado, al encontrarse con una sociedad compleja para su comprensión, demasiado dispar, decidió imponer las leyes injustas que le habían quedado arraigadas desde la infancia. Optó por aborrecer la diferencia, pues le resultaba más sencillo que detenerse a comprenderla. Vendó sus ojos con incompreensión y odio, aunque a quien más detestaba era a sí mismo. Tenía miedo a aceptar algo que siempre había ocultado dentro, que incluso había señalado en los demás, y que era su verdadero yo.

>> El emperador, nublado en su afán de poseer, consumido por la avaricia, no dudó en cruzar fronteras y océanos, arrasando con lo que se cruzaba a su paso. Con sangre inocente pintó su bandera, que comenzó a expandirse por las naciones de la Tierra, a las que pretendía convertir en una única, la suya. Nunca era suficiente, siempre ansiaba más. Conquistó cada rincón del planeta, cada esquina del globo, asesinando a quien se opusiera a sus creencias. Fue dictador, rey entre los reyes y, cuando consiguió que todo le perteneciera, se percató de que se había quedado solo. ¿A quién iba a gobernar entonces?

>> Yo fui ese emperador.

Hugo se preparó para un último cuento. Mis historias podían esconder enseñanzas que, aquel que cerrase los ojos con fuerza, podría comenzar a ver. Sin embargo, no había mayor moraleja que la que aquel muchacho de seis años me había enseñado a diario. Por ello, era él quien debía contar ese relato final.

-Érase una vez un astronauta que buscaba llegar muy lejos, a otro planeta, otra galaxia, otro universo. Durante los años que vivió no podía hacer otra cosa que esperar al momento en que pudiera ir en su nave a tierras lejanas, a años luz. Cuando salía de la órbita terrestre y miraba al inmenso globo, a esa pompa de jabón, no apreciaba la belleza bajo sus pies. Finalmente, llegó a otro planeta, otra galaxia, otro universo, y allí la decepción se adueñó de él. Echaba de menos su casa porque, por muy increíble que fuera el espacio, no era su hogar. Pero había llegado tan lejos, que ahora tardaría demasiado tiempo en volver. Un tiempo que ya no tenía. No volvió a ver la Tierra.

Me quedé en silencio, pensativo, para luego escuchar la explicación del pequeño.

-Me alegra no haber sido un astronauta. Al principio quise marcharme del hospital, poder jugar como el resto de niños. Después, cuando supe que no podía cambiarlo, decidí reír.

Todos buscamos algo. El capitán Scott perseguía el hito de ser el primer hombre en pisar la Antártida, y en su búsqueda, consiguió morir de hipotermia. ¿Quién no ha fracasado como el explorador? Julia trataba de huir de vestigios pasados, del padre de su hijo, un maltratador, de la fragilidad de la que creía componerse. En su tránsito halló una fuerza dentro de sí, aunque sus alas siguieran rotas. ¿Quién no ha soñado con poder volar? La anciana del pueblo procuraba evadirse del peligro, medir sus pasos para no quedarse sin aire, pero su propio control la hizo ahogarse.



¿Quién no ha conocido alguna vez un temor que no está sino en nuestra mente? Los padres de Luz buscaban aferrarse al cuerpo de su hija, una adolescente que, al intentar salvar a su hermano ahogado de morir en la piscina, había entrado en coma. Ellos, mientras tanto, bebían despreocupados. ¿Quién no ha sentido alguna vez ese pinchazo profundo, esa culpa? Yo busqué la fama, el dinero, el poder, encerrado en un matrimonio infeliz, incapaz de gritar que amaba a un hombre. ¿Quién no ha intentado dominarlo todo, ser un emperador en su vida, para luego quedarse sin nada?

Todos buscamos algo llamado felicidad. En ese instante en que Hugo se desvanecía ante mis ojos, entendí que no hacía falta ir muy lejos para encontrarla. Siempre había estado al lado de mí.

-Toma- me dijo el niño, en su último suspiro. - Quédate el explorador. Por si alguna vez estás perdido.

Cogí el juguete, y en mi rostro discurrían las lágrimas que antes sólo había llorado desde dentro. Entonces supe que me bastaría con alzar la mirada, y buscar la estrella más brillante en el cielo, para encontrarme, para guiarme.

Nunca volvería a estar solo.